

» ¡Ay Jacob santo, abuelo venturoso!  
Tú que la vestidura fiel rompiste  
Cuando teñida la del hijo hermoso  
Con sangre ajena ante tus ojos viste,  
¿Qué podré hacer en trance tan forzoso,  
Donde se rompe mi corazón triste,  
Viendo con sangre propia de mi herido  
Manchado el blanco y virginal vestido?

» Si te dijeron que una cruda fiera  
Sacó su sangre y acabó su vida,  
Teniendo por su sangre verdadera  
La que su ropa te mostró teñida,  
Aquí otra fiera, que es la culpa fiera,  
Hizo en mi niño Dios la fiera herida,  
Dejando con su sangre fiel manchada  
La ropa hermosa, blanca y colorada.

» ¿Qué me decís, mi amor? Dejad el llanto,  
Tomad el pecho y déj la sangre pura,  
Porque ella irá a ocupar el vacío santo  
De la que marchitó vuestra hermosura;  
El cuerpo vuestro hirió el agudo canto,  
Y el alma me pasó su punta dura;  
Si herido estáis, herida gimo y lloro,  
Que el dolor siento del amor que adoro.

» ¡Ay mi hijo amado! ¡Ay Jesús querido!  
Jesús, que es nombre sobre todo nombre,  
Nombre por quien os ha el amor herido,  
Pues le tomastes por salvar al hombre;  
Nombre de gracia y gloria enriquecido,  
Nombre que al cielo y tierra es bien que asombre,  
Nombre que tierra y cielo humilde adora,  
Nombre que a Dios regala y enamora.

La Virgen bella al Niño herido acalla,  
Y sintiendo su herida se entenece;  
El tierno Infante por su madre calla,  
Que llora por sentir lo que padece;  
José se esfuerza para consolalla,  
Reprime el llanto, que se aumenta y crece,  
Y con varonil ánimo consuela  
A la que vistió a Dios de humana tela.

La Virgen, que a José guarda obediencia,  
Modera el sentimiento enternecido;  
José guarda con suma reverencia  
La reliquia divina del herido;  
El niño Dios, ejemplo de paciencia,  
Al pecho hermoso de su madre asido,  
Como amoroso niño se regala  
Con la que su pureza el sol no iguala.

José divierte a su querida Esposa  
De la memoria del martirio grave;  
Ella del Niño entre la luz hermosa  
Hace su sentimiento más suave;  
Toma él la leche cándida y sabrosa  
Que a néctar dulce de los cielos sabe,  
Y deja el doloroso amargo llanto,  
Y yo el discurso deste tierno canto.

## CANTO XVII.

De la adoración de los Reyes, y presentación en el Templo.

De los correos que despacha el cielo  
Con la dichosa soberana nueva  
De que entre paja en un pesebre al yelo  
Se conserva la dulce fruta nueva,  
Cuál por el aire enamorando al suelo  
A los pastores santos se la lleva,  
Dando las señas del recién nacido  
En quien el ser de Dios está escondido;

Cuál esparciendo rayos de hermosura  
Visita alegre el triste calabozo,  
De luz vistiendo la prision oscura,  
Dando a las almas soberano gozo;  
La cierta libertad les asegura,  
Mejora su esperanza su alborozo;  
Albricias pide de las nuevas buenas,  
Y ellos cantan al son de las cadenas.

Cuál con la luz que a la del sol agravia  
Por el aire esparciendo su tesoro,  
Parte a la rica y venturosa Arabia,  
Abundante en incienso, mirra y oro,  
Y inspirando a la gente ilustre y sabia,  
Insigue en ciencia y en el real decoro,  
Del Oriente los lleva al nuevo Oriente,  
Adonde nace el Sol omnipotente.

Suspensos miran una nueva estrella  
Que hace clara la negra noche oscura,  
De mayor resplandor y luz más bella  
Que el que da a las demás su lumbre pura;  
Miran un niño hermoso en mitad della,  
De peregrina gracia y hermosura,  
Y sobre su cabeza una cruz de oro  
Que alegra de los cielos el tesoro.

Quedan absortos a una voz que dijo:  
« ¡Id, venturosos sabios, a Judea,  
Donde ha nacido el Rey que es de Dios hijo  
Con el disfraz de la mortal librea. »  
Pasmados en el raro regocijo  
Que las dichosas almas les recrea,  
Dan crédito a la voz viendo la lumbre  
Fuera de toda natural costumbre.

Miran el cerco de los rayos de oro,  
Del divino *Agnus Dei* iluminado,  
Y al sol eterno del impíreo coro  
De la luz de una estrella rodeado;  
Ven de luz lleno el celestial tesoro  
Que en un pesebre llora reclinado,  
E inspirados del ángel que los llama,  
Siguen la luz de la gloriosa llama.

Y con gozos del alma extraordinarios  
Al nuevo Rey los dones aperciben,  
Que son entre ellos fueros ordinarios  
Dar dones cuando el nuevo Rey reciben;  
Y subiendo en ligeros dromedarios,  
Miran los rayos que en sus almas viven,  
Siguiendo el celestial paje de hacha  
Que con ricos tesoros los despacha.

Van tratando del bien que han alcanzado  
Gozando de Balaán la nueva estrella,  
Pues habiéndola muchos deseado,  
Ellos llegaron a gozar de vella;  
Cuál dice que lo había profetizado  
La Eutica Sibila sabia y bella:  
Cuál que al paciente Job lo habían oído  
El tiempo que en Arabia había vivido.

En término de algunos pocos días  
Ven la Jerusalén dichosa y santa;  
Echan menos las glorias y alegrías  
De la estrella, que ausente los espanta;  
Quedan las almas con su ausencia frías,  
Y en tanta turbación y pena tanta  
Entran por la ciudad, que se alborota  
Viendo gentes de tierra tan remota.

Preguntan por el nuevo Rey nacido;  
Túrbase Herodes, la ciudad se altera;  
Manda juntar del pueblo lo escogido,  
Por saber dónde nace el Rey que espera;  
Los sabios de la ley le han respondido  
Que Belén de Judá la ciudad era  
De quien saldrá el caudillo valeroso  
Que al pueblo de Israel hará dichoso.

En secreto a los tres Herodes llama,  
Y con rostro fingido significa  
Que al nuevo Rey nacido estima y ama,  
Y que su corazón le sacrifica,  
Y que para adorar Rey de tal fama  
Encarecidamente les suplica  
Que en adorando la majestad nueva  
Vuelvan a darle la dichosa nueva.

Salen los tres fortísimos varones  
Buscando de Belén la fiel cisterna  
Por mitad de los fieros escuadrones  
Del enemigo rey que los gobierna,  
Pasan con valerosos corazones  
Buscando el agua de la fuente eterna,  
Porque beba David, que está sediento  
Del agua superior del firmamento.

Salen de la ciudad del rey tirano,  
Ven la coluna rubia que los guía,  
Como otro tiempo huyendo del gitano  
Otra con el amado pueblo hacia;  
Gózase el triunvirato soberano  
Mirando de la estrella el alegría,  
Siguen gozosos su derrota bella,  
Buscando al sol en brazos de una estrella.

Siguen gozosos el divino rastro  
De los rayos de luz que alegre ofrece  
El nunca hasta allí visto hermoso astro  
Que los ánimos reales enriquece,  
Y absortos en el niño de alabastro,  
Que en medio del risueño se parece,  
Llegan al portal pobre donde habita  
El nacar con su hermosa margarita.

Como ventor de muestra que siguiendo  
La caza va, que atento se adelanta,  
Y la tímida presa descubriendo,  
La enseña con la mano que levanta,  
Así la estrella, al unicornio viendo  
En el regazo de la niña santa,  
Dando de haberle hallado clara muestra,  
A los tres cazadores se la muestra.

Con gozo celestial se lozanea  
Sobre el portal con nuevos resplandores,  
Y hechos lenguas sus rayos, los vocea  
Que adoren al Señor de los señores;  
Ellos absortos en quien los recrea,  
Sus ojos reales derramando amores,  
Se apean alegres, y en su amor deshechos,  
No les caben las almas en los pechos.

La Virgen soberana que sabia,  
Como tan docta en la lección sagrada  
Que Heródes al Infante buscara,  
Y de Sabá la gente celebrada,  
El temor escurece a su alegría,  
Y entre triste y alegre está turbada;  
Al Niño pone en sus hermosos brazos,  
Haciendo dellos amorosos lazos.

José escucha el nabateo lenguaje  
De la gente oriental, y alegre avisa  
A la que puso en el humano traje  
Al que las plumas de los vientos pisa;  
Ella, cierta del nuevo vasallaje,  
El pálido temor convierte en risa,  
Y ataviada lo mejor que pudo,  
Hizo del niño Dios al pecho escudo.

Arrastrando real púrpura y brocado,  
Ante la bella Reina de hermosura,  
El terno llega bienaventurado,  
Turbados a su luz hermosa y pura;  
La cortés Virgen con divino agrado,  
Corresponder con humildad procura  
Al término cortés y real decoro,  
Que arrastra y huella aljófar, perlas y oro.

Como suelen al sol montes de nieve,  
Se deshacen aquestos montes altos  
Al sol eterno que derrite y bebe  
Los corazones de las almas faltos;  
Dellos hace a sus pies el que al sol mueve  
Tapete de brocado de tres altos,  
Tan altos, que prostrados por el suelo,  
Llegan al que es Altísimo del cielo.

De las cantoras aves del Oriente  
La estrella cazó tres, que al Niño hermoso  
Cantan un tres tan grave y dulcemente,  
Que suspenden al aire vagaroso;  
Alégrase gozosa y refulgente  
De que a pesar del tiempo riguroso  
Que hace florar al niño, el Niño calla,  
Pues como a niño con un tres le acalla.

Prostradas las rodillas por la tierra,  
Suplican les enseñe el tierno Niño,  
Que la deidad inescrutable encierra  
Entre la blanca piel del limpio armiño;  
La Madre Virgen, paz de nuestra guerra,  
Quitó del rostro bello el pobre armiño,  
La cortina corrió del arca santa,  
Que al cielo alegra y al infierno espanta.

Llegan los tres al Abraham eterno,  
A quien en caridad no llegó alguno,  
Y hecho huésped piadoso, humilde y tierno,  
Dentro en su pecho hospeda a cada uno;  
Que si el otro Abraham con gozo interno  
Hospeda tres y adora en los tres uno,  
Este de tres que hospeda es adorado,  
Por el uno de tres y uno increado.

Cosen los graves rostros con el suelo  
Al bello resplandor que los deslumbra,  
Y pasmados al bien que goza el cielo  
Del sol eterno, cuya luz le alumbra,  
Adoran en el pobre humano velo  
Al que en el pecho paternal se encumbra;  
Por Dios y rey al Niño eterno adoran,  
Y de su vista alegre se enamoran.

Abren los cofres de los ricos dones,  
Y al Niño incienso, mirra y oro ofrecen,  
Ofreciendo los nobles corazones  
Que en los devotos ojos se parecen;  
Confíesanse los inclitos varones  
Por Dios, y con incienso le engrandecen;  
Como a su rey el oro le dedican,  
Y en la mirra que es hombre significan.

Las águilas reales coronadas  
Se prueban a la luz del sol glorioso,  
Quedando cual el Fénix remozadas,  
Al resplandor del fuego poderoso;  
Las alas encogidas y humilladas  
Abatan ante el Rey y Niño hermoso;  
Ante sus pies humillan sus coronas,  
Y a la luz de sus ojos sus personas.

« Recibe, oh Niño, el mas anciano dijo,  
Los pobres dones de los ricos pechos,  
Llenos de fe, de gozo y regocijo,  
Y en tu divino amor de amor deshechos;  
Por Dios te confesamos de Dios hijo,  
Por quien la tierra y cielos fueron hechos;  
Por rey, pues tus vasallos nos hacemos,  
Y por mortal, pues padecer te vemos.

« Por príncipe heredero te juramos  
De las eternidades, y decimos  
Que por eterno Dios te confesamos,  
Aunque cual hombre padecer te vimos;  
Por la gentilidad caucion prestamos,  
Y en su nombre por rey te recibimos;  
Tú eres nuestro rey, rey Dios y hombre,  
Y nosotros vasallos de tu nombre.

« Cese la fama ya de nuestra reina,  
Que a ver de Salomón la gloria vino,  
De donde el alba sus cabellos peina,  
Movida de su ingenio peregrino;  
Que ya otro nuevo Rey mas sabio reina,  
Dios mortal, fuerte Rey, hombre divino,  
Que nos trae de remotas partes varias,  
A dar a su grandeza eternas parias.

« Cese del mismo Salomón la historia  
Y de su trono de marfil la fama,  
Que este bello escurece la memoria  
Del que famoso todo el mundo llama;  
Vos, Virgen, sois el trono de su gloria,  
Donde se sienta el Salomón que os ama,  
Trono de luz que a los del cielo humilla,  
Trono de Dios y de su gloria silla. »

El guardajoyas del Infante hermoso,  
Mayordomo mayor de su grandeza,  
José, de su adorada Reina esposo,  
Guarda de los tres dones la riqueza;  
El Niño agradeceido y amoroso  
Por la luz donde vive la belleza  
Les muestra el alma, y lleno de alegría  
En las suyas divinos gozos cria.

Besan el pie del Papa sacrosanto,  
Que concede plenísima indulgencia  
A los que, visitando el lugar santo,  
Hacen de sus pecados penitencia;  
Vertiendo fuentes de copioso llanto,  
Hacen para ganarla diligencia;  
Gananla humildes, y de pena sacan  
Tres almas, que llorando a Dios aplacan.

Besan los piés que huellan las estrellas,  
Y el risueño los prende y enamora,  
Haciendo lazos de las manos bellas,  
En sus pechos sus glorias atesora;  
Esparce de su amor vivas centellas  
Del fuego ardiente que en sus pechos mora;  
Abrásales las almas amoroso,  
Derretidas al sol del cielo hermoso.

Su Madre, la bellísima María,  
Viendo el trofeo del recién nacido,  
Y que alegres de donde nace el día,  
A adorar a su Rey tres han venido,  
Vierte rayos de gozo y alegría  
Sobre las rosas que de amor son nido,  
Agradeciendo entre los ricos dones  
La fe de los ilustres corazones.

Despidense los reyes venturosos,  
Alegres del bien grande que han gozado  
De los rayos del Sol maravillosos,  
Con que el Niño sus almas ha ilustrado;  
Parten regocijados y gozosos,  
Absortos en la gloria que han mirado;  
Siguen de su derrota otro camino,  
Que a prevenirlos un arcángel vino.

Quedan Josef y su consorte amada  
Llenos de gozo viendo que ya el suelo  
Adora en la niñez disimulada  
La majestad que adora y teme el cielo;  
Y en el reparo de la fiel posada  
Pasan del tiempo airado, nieve y hielo,  
Al sol hermoso de los rayos de oro,  
Que es de los cielos el mayor tesoro.

Diez veces cuatro la celada nuera  
Del troyano perjuro Laomedonte  
Tendió las Indias de su cabellera,  
Bordando con su luz nuestro horizonte,  
Y otras tantas, siguiendo su carrera,  
Hizo de plata el mar y de oro el monte,  
El rubio hermano de la blanca diosa  
Que mendiga la luz que la hace hermosa;

Cuando la Madre Virgen se apercebe  
A la ley que no obliga a su limpieza,  
Obligando a cualquiera que concibe  
Guardando el orden de naturaleza;  
Y con ser ella en quien hermosa vive  
La siempre hermosa y cándida pureza,  
Se sujeta a la ley y parte al templo,  
De humildad y obediencia dando ejemplo.

Salen del pobre albergue, alcázar rico,  
Donde bajó la soberana corte  
A ver disimulado entre el pellico  
El Rey, que hará que el padre se reporte;  
Coge Josef al nuevo pastorcico  
De entre los brazos de su fiel consorte,  
Pónelo entre los suyos, y gozoso  
Se dispone al camino trabajoso.

Lleva cosido al pecho a Dios humano,  
Gozando del aliento de su boca,  
Y agradecido el Niño soberano,  
Con dulce risa a gloria le provoca;  
Josef dichoso con la grave mano  
Al Hijo eterno alegre abraza y toca;  
Adórmese el Niño, Josef canta,  
Embelésase el cielo, el sol se espanta.

Es Josef cuna donde a su Dios mece,  
Es brasero de amor que le calienta,  
Es cama blanda donde se adormece,  
Es carroza en que al templo se presenta,  
Es trono celestial donde parece,  
Es arca del maná que a Dios sustenta,  
Arbol donde se arrima y regocija,  
Que con su buena sombra a Dios cobija.

Es serafín que con las alas cubre  
El rostro y piés de Dios disimulado,  
Velo del templo que el Sagrario encubre,  
Adonde el mismo Dios está encerrado;  
Nube que al sol que al cielo se descubre  
Hace sombra, teniéndole guardado,  
Muro fuerte que a Dios defiende y cerca,  
Es de su paraíso guarda y cerca.

Lleno Josef de celestial espanto,  
Lleva abrazado al que los cielos cria,  
Y arrimada y asida al hombro santo,  
Lleva a la aurora que mejora al día;  
Absorto en tanto bien y en gozo tanto,  
En medio la divina compañía,  
La jornada quisiera hacer mas larga  
Por gozar del descanso de la carga.

Ya las torres soberbias se parecen,  
Que se quieren entrar por las estrellas,  
Los espejados capiteles crecen,  
Los edificios de las casas bellas,  
Las murallas del templo resplandecen,  
Levantando en mitad de todas ellas  
La cabeza el pináculo sagrado,  
Por ver el bien que tanto ha deseado.

Llegan a la ciudad edificada  
Del sacerdote Rey, sin madre y padre,  
Jerusalen ilustre y celebrada,  
De todas las demás cabeza y madre;  
Y dando fin a la feliz jornada,  
Por ver la Virgen que a su oficio cuadra,  
Pide a su Esposo el Niño, y él previene  
Lo que a la ofrenda de la ley conviene.

Compra las amorosas tortolillas  
Para ofrecer con la adorada prenda,  
Que siendo Rey de las eternas sillas,  
Quiere que el mundo su pobreza entienda;  
Y porque trae envuelto entre mantillas  
El cándido Cordero, que es la ofrenda  
Que ha de desenojar al sumo Padre,  
Ofrecido en los brazos de su Madre,

Cinco preciosos siclos ha buscado  
Con que ha de redimir a su querido,  
Que quiere ser agora rescatado,  
Ya que otra vez no lo será vendido;  
Cinco siclos, que es precio señalado  
Para que el Redentor sea redimido,  
Cinco por cinco de valor profundo  
Con que muriendo ha de comprar al mundo.

Entran al templo, y la Doncella santa  
El tierno Infante entre los brazos toma,  
Colgando del marfil de su garganta  
Del ámbra rico la olorosa poma;  
El justo Simeon en gloria tanta,  
Como del templo por la puerta asoma,  
Se levanta temblando, y a él se llega  
Como a la luz la mariposa ciega.

Las rodillas prostradas por el suelo,  
Sobre la nieve de su rostro grave  
Derrama gotas de cuajado hielo  
Ante el ramo de paz que trae el ave;  
Pide a la Virgen con piadoso celo  
Le entregue el Niño porque quien es sabe,  
Que há largos años que gozar aguarda  
La nueva vida de su vejez tarda.

«Traes a ofrecer al templo al bello Infante,  
Dice, cual Labrador rubias espigas;  
Traes, como suele rico navegante,  
Lo que votó en mitad de sus fatigas;  
Traes las prisiones del primer amante  
Cautivo en las mazmorras enemigas,  
A colgallas del templo en señal cierta  
Que libre ha de volver a hallar la puerta.

«Dame, Virgen intacta y reina mía,  
De tierra y cielo el sin igual tesoro,  
Dame el Hijo del Padre, que le envía  
A que vuelva a llenar las sillas de oro;  
Dame el Niño que mamá y que te cria,  
Dame el pequeño que por Dios adoro,  
Dame al Señor que viene al templo santo,  
Angel del Testamento sacrosanto.»

Pone la Madre en las heladas manos  
Del temeroso justo el fruto eterno,  
Precio infinito, don que los humanos  
Esperan en el seno del infierno;  
Riega los arrugados surcos canos  
El viejo grave, viendo el Niño tierno,  
Y cual águila antigua se remoja,  
Bañándose en la fuente de que goza.

Cual suele el olmo seco y deshojado,  
Que con la vid que se le arrima medra,  
Y como muro antiguo destrozado,  
A quien enlaza verde hojosa yedra,  
El grave sacerdote y viejo honrado,  
Arbol sin hoja y carcomida piedra,  
De la vid Cristo con amor se abraza,  
El cual con lazos del amor le enlaza.

Va en el amargo ramo de acebuche  
Engerto el dulce de la verde oliva,  
Va con Jacob el ángel, con quien lucha  
Hasta que bendiciones del reciba;  
Va el cisne, que hace que su voz se escuche  
Dentro en la tierra de la gente viva,  
Cuya voz grave rompe la garganta,  
Y alegremente desta suerte canta:

«Agora en paz del mundo y sus enojos,  
Saca a tu siervo como prometiste,  
Señor eterno, pues que ven mis ojos  
La salud que a las gentes propusiste;  
Al que es la lumbré, cuyos rayos rojos  
Ilustrarán la gentilidad triste,  
Al que es la gloria de tu pueblo amado,  
Por edades prolijas deseado.»

Y echando milagrosas bendiciones  
A la dichosa Madre y noble Esposo,  
Que admirados los santos corazones,  
Al viejo escuchan justo y temeroso,  
Endereza a la Madre sus razones,  
Que en llanto vuelven su placer gozoso,  
Pues el cuchillo que ha profetizado,  
Teme en sangre del Niño Dios manchado.

Consuéla la viuda profetisa,  
Y enamorada del Infante tierno,  
A todos llena de contento avisa  
Cómo es el Niño rey y Dios eterno;  
Josef, en ocasión que es tan precisa,  
Herida el alma del dolor interno,  
Acompaña a su Esposa sacrosanta,  
La ronca voz asida a la garganta.

Toda la gente que en el templo habia  
Llega a escuchar el duo concertado  
Del gran profeta y la Sibila fría,  
Que pronostican del Infante el hado;  
Pasmanse en la hermosísima María,  
Y en la ventura por la puerta asoma,  
Miran del Niño bello los despojos,  
Que les roba las almas por los ojos.

Alegres todos, llenos de consuelo,  
En concertada posesion se ofrecen,  
Y entrando el Niño, rey de tierra y cielo,  
Las paredes del templo se estremecen;  
Los serafines, recogiendo el vuelo,  
Se encogen ante el Niño que obedecen;  
La vara se humilló, el maná sagrado  
Teme al que representa figurado.

Las tablas de la ley se estremecieron  
Reconociendo al Legislador santo,  
Las cortinas del velo se encogieron  
Llenas de nueva admiracion y espanto;  
Las demás cosas claras muestras dieron  
De que era Dios el Niño sacrosanto,  
Que su deidad divina les asombra,  
Reverenciando a la verdad la sombra.

Llegan ante el divino altar sagrado,  
Donde el que siempre a Dios está presente  
Tiene de ser al Padre presentado,  
Que se ha de eternecer con el presente;  
La Madre Virgen toma el Niño amado  
Al viejo grave que su ausencia siente,  
Vuelve la luz a la eclipsada luna,  
A su Madre Jesus, Dios a su cuna.

Y dándole ternísimos abrazos,  
Del mal pronosticado enternecida,  
El justo corazón hecho pedazos,  
Sale a bañar el alma de su vida;  
Y puesto encima de los bellos brazos,  
Mas que los serafines encendida,  
Las rodillas prostradas por el suelo,  
Dice al que escucha de su impíreo cielo:

«Si pudo ¡oh Padre eterno! el sacrificio  
Del primer virgen, mártir y inocente,  
Obligarte a aceptar el fiel servicio  
Mirando con agrado su presente,  
Pueda volverte, eterno Dios, propicio  
El hijo de tu pecho omnipotente  
Que hoy te presento por el hombre ingrato,  
Y perdona, Señor, el pobre plato.»

«Si dádivas, Señor, quebrantan peñas,  
¿Que dádiva mejor podrá ser parte  
Para ablandar el gran furor que enseñas,  
Que la que tú nos diste para darte?  
Que aunque son de hombre las visibles señas,  
Sé que nadie cual él podrá ablandarte,  
Porque es el resplandor de tu hermosura,  
Y de tu pecho sustancial figura.»

«Si del soberbio y arrogante hermano  
Que de su madre con acuerdo y traza  
Perdió su mayorazgo soberano,  
Siendo cazado por buscar la caza,  
Pudo hacer cera el corazón tirano,  
Y vínculo de amor el amenaza,  
El que fué de Raquel dichoso amante  
Con los presentes que le envió delante.»

«Vuelva, eterno Señor, la aguda espada  
A envainarse, y con gozo y regocijo  
Abraza a la criatura desterrada,  
A quien tu enojo con razón maldijo;  
Atiende a la palabra disfrazada  
Que eternamente tu grandeza dijo,  
Pues que no puede ser que no sea acepto  
De tu mente divina el fiel concepto.»

«Mira, Señor, que entre tu justa ira  
Y el hombre ingrato está mi Niño tierno,  
Espejo inmaculado en quien se mira  
La omnipotencia de tu ser eterno;  
Y que si tu justicia flechas tira  
Al que se hizo heredero del infierno,  
Que han de dar en mi Niño amor desuado,  
Pues ha nacido para ser su escudo.»

«Si pudo al que brotando enojo y rabia  
Contra la casa de Nabal tirano,  
Que injustamente al pobre rey agravia  
Con pecho duro y corazón villano,  
Ablandar una hermosa mujer sabia  
Con el presente de su corta mano,  
Convirtiendo su enojo en bendiciones,  
Haciendo de sus dádivas prisiones.»

«Pueda ablandar aqueste pecho airado  
Aquesta sierva humilde, que te ofrece  
El don del pecho tuyo mas amado,  
Y el que ser aceptado mas merece;  
Pueda el Hijo divino que me has dado,  
Que los cielos ablanda y enternece,  
Ablandar tus entrañas inmortales,  
Pues que te doy lo mismo que tú vales.»

«Si un poco de agua en unas toscas manos  
Ofrecida a un rey persa obligar pudo  
A hacer nobles hidalgos cortesanos  
Los descendientes del Labrador rudo,  
Puedan estos despojos soberanos,  
Que ató el amor en un perpetuo nudo,  
Hacer al desterrado tu heredero,  
Hidalgo y noble al rústico pechero.»

Dijo, y tomando al Niño el noble Esposo  
De entre los brazos de su amada prenda,  
Le puso encima del altar precioso,  
Ara sagrada de la viva ofrenda.  
Paróse el sol al caso portentoso;  
No hay ángel que del cielo no decienda  
Abrasado de amor al altar santo,  
Donde se ofrece el Niño sacrosanto.

Abriéronse del templo las cortinas,  
Descubriéndose alados escuadrones  
Por ventanas y puertas cristalinas  
Con músicas alegres y canciones;  
Viendo el Padre las lágrimas divinas,  
De que el sagrado amor hace prisiones,  
Se enterneció, aceptando el sacrificio  
Que eternamente le tendrá propicio.

No pudo, no, aceptar el don sagrado,  
Por ser su igual el que es el ofrecido;  
No pudo, no, agradarle el Niño amado  
Ante el claro lucero del nacido:  
Enternecióle el nuevo Isaac vendado  
Y el sacrificio del Abel querido,  
El bello Samúel, la Abigail bella,  
El niño Dios, que ofrece una doncella.

Huyeron de su rostro los enojos,  
Y mostró pacífico y sereno;  
Ablandóse a los rayos de los ojos,  
Que se le entraron al sabido seno;  
Aceptó los santísimos despojos  
Del Niño, que es cual él tan santo y bueno;  
Llenó el cielo de gloria y regocijo,  
Y adoraronle todos por su hijo.

Dió el gran Josef las simples tortollillas  
A su querida, y ella las ofrece,  
Rico aljofar vertiendo en sus mejillas,  
Que la ofrenda depobres enriquece;  
Viendo Josef las raras maravillas  
Del Hijo y Madre, alegre se enternece,  
Pues la Madre no debe lo que paga,  
Y el Niño hermoso cobra que es la paga.

La Virgen bella entre las perlas graves,  
Con que hace feas las que la mar cria,  
Dice: «Recibe, Dios, las simples aves,  
Ofrenda pobre, como ofrenda mia;  
Pido, Señor, que los defectos laves  
De aquesta sierva humilde, que te envía  
El corazón entre los pobres dones,  
Pues aceptas humildes corazones.»

«No te ofrezco, Señor, blanco cordero,  
Porque no es menester figura y sombra  
Adonde se te ofrece el verdadero  
Manso Cordero, que de Dios se nombra;  
Tu airado rostro y hasta aquí severo,  
Que al cielo espanta y a la tierra asombra,  
Con la hermosura deste don se amanece:  
Tu enojo cese, tu rigor descanse.»

«Y si porque sacando al pueblo triste  
De la prision Egipcia y servil yugo,  
Donde a sus mayorazgos muerte diste,  
Siendo tu justa saña su verdugo,  
Ordenaste, que el pueblo que escogiste,  
Por quien aquesta hazana hacerte plugo,  
Sus mayorazgos te sacrificase,  
Y que después del templo los comprase;

«Aquí, Señor, te doy a mi querido,  
Y te le ofrezco por el hombre ingrato,  
Y en tus aras sagradas ofrecido,  
Con estos cinco siglos le rescato;  
Por mi mi Redentor es redimido,  
Y sé, Señor, que me le das barato,  
Pues si te había de dar lo que valia,  
El cielo es poco, pues al cielo cria.»

«El agua de mis ojos derramara,  
La sangre de mis venas ofreciera,  
El corazón del pecho me sacara,  
Y el alma propia por mi amado diera;  
Y aqueste rostro por mi Niño herrara,  
Y para rescatarme me vendiera,  
Y fuera poco para lo que estimo  
Al amoroso esclavo que redimo.»

«Si el parto sigue al vientre gloria mia,  
Esclavo sois, pues es humilde esclava  
Aquesta madre que gozosa os cria,  
Y en serlo alegre a vuestro Padre alaba;  
Esclavo sois en quien el cielo fia  
La libertad de quien llorar no acaba;  
Esclavo libre, del amor esclavo,  
Poned en este rostro la ese y clavo.»

«Libre, que esclavo habeis aparecido,  
Porque el esclavo quede libertado,  
Pues juzgádoos, Señor, por el vestido  
Seréis por el esclavo castigado;  
Esclavo, que otra vez seréis vendido,  
No quedando cual esta rescatado,  
Dios hecho esclavo, porque señor sea  
El fugitivo esclavo que os desea.»

«Esclavo, que haceis libres los esclavos  
Y cautivais los libres corazones,  
Esclavo, escudo de los golpes bravos,  
De afrentosas injurias y baldones;  
Esclavo, que con tres agudos clavos  
Os echará el amor nuevas prisiones,  
Esclavo, que muriendo daréis vida  
Al que la desprecia por la comida.»

«¿Quién en su rostro tierno esclavo viese  
Escritos con el fuego y hierro bravo  
El dulce clavo y amorosa ese  
Con que el amor os pudo hacer esclavo?  
¿Quién, amor mio, tan dichosa fuese  
Que impresos en el alma la ese y clavo,  
Os libertase de la Pasión fiera  
Que el pecho me lastima y os espera?»

«Ay si os topa la ronda, mi querido,  
En forma del esclavo desterrado,  
Temo que por las señas del vestido  
A la prision os lleve maniatado,  
Y a una columna fuertemente asido  
Deje el hermoso cuerpo desangrado,  
Llevádoos, Hijo amado, al matadero  
Como a inocente y cándido cordero.»

Josef, mirando a su adorada Esposa  
Enternecida con el Niño santo,  
Y el jazmín blanco y encarnada rosa  
Aljofaradas con el tierno llanto,  
Acompañando a su querida hermosa,  
Herido del dolor hace otro tanto,  
Enterneciendo a la devota gente,  
Que el daño ajeno como propio siente.

El Cordero de Dios se ase a su Madre,  
Bebe las perlas vivas que derrama;  
La Virgen viendo cuánto a su bien cuadre,  
Entre los pechos pone al que los mató;  
El gran Josef como amoroso padre  
Del que es hijo de Dios, hijo le llama,  
Llega a besar las plantas de jazmines,  
De quien alfombra son los serafines.

Cumplido, pues, lo que la ley ordena,  
Despidense de la piadosa gente  
Que enamorada de la luz serena,  
Absorta mira al nuevo Sol de Oriente;  
A todos emplazó el dolor y pena,  
Y cada cual la ausencia amarga siente  
Del Niño, de la Madre y del Esposo,  
Llorando tristes el partir forzoso.

Quedó el templo divino en la partida  
Como en la noche el temeroso suelo,  
Cual cuerpo helado a quien faltó la vida,  
Cual sol sin luz ó sin el sol el cielo;  
Entristecióse el arca enriquecida,  
De luto se volvió del templo el velo;  
Los serafines con sus alas de oro  
Acompañar quisieran su tesoro.

Lleva Josef a su consorte amada  
Con el fruto divino entre las hojas  
Del árbol de la vida deseada,  
Que ha de acabar del hombre las congojas;  
A Nazareth ordenan la jornada,  
Que desea ver de Dios las luces rojas;  
Comienzan el camino sacrosanto,  
Adonde acaba el suyo aqueste canto.

## CANTO XVIII.

De la huida a Egipto.

En lo remoto de la Scitia helada,  
Dentro de un bosque pálido y sombrío,  
Hecho de una arboleda deshojada,  
Que baña un triste cenagoso río,  
Hay una antigua gruta socavada,  
En las entrañas de un peñasco frío;  
Cáense las paredes de podridas,  
Y las inculcas piedras carcomidas.

De telarañas y de moho cubierta,  
Agua azufrada y cieno hediondo brota,  
Que atravesando por la oscura puerta,  
Los negros quicios lentamente azota;  
Por esta puerta eternamente abierta,  
Inflacionando el aire, le alborota  
La niebla pestilente que derrama  
El humo negro de una turbia llama.

En lo mas hondo de la cueva oscura  
Está un flaco cadáver macilento,  
De horrible aspecto y fiera catadura,  
De cetrino color, bazo y sangriento,  
Que por la boca denegrida y dura  
Exhala negro y ponzoñoso aliento,  
Que condensado el aire le escurece,  
Con que el horror del triste lugar crece.

Son las monstruosas desgredadas hebras  
Del mal peinado horrible cabello  
Viboras ponzoñosas y culebras,  
Que ondean encima del arado cnello;  
La frente llena de arrugadas quiebras  
Produce un largo verdinegro vello,  
Que hace sonbra a los ojos denegridos  
En dos cavernas húmidas hundidos.

De fea amarillez tiene cubiertos  
Los pardos surcos de las feas mejillas,  
Al humor de los ojos siempre abiertos,  
Bañados en sus gotas amarillas;  
Los mohosos dientes muestra descubiertos,  
Que muerden las ajenas maravillas;  
La lengua hendida vil veneno vierte,  
Que es del honor y la virtud la muerte.

Los verdes labios, mas que absintio amargos,  
Vierten perpetuamente su amargura,  
Hecha al ajeno bien velador Argos,  
Su ponzoña infernal sembrar procura;  
En los enjutos pechos feos y largos  
Cria con hiel a la miseria oscura,  
Abrazando al dolor y al vil desprecio,  
Nietos del ángel por su culpa nacido.

Siempre el horrendo monstruo está comiendo  
Su fiero corazón empodrecido,  
Las secas manos con furor mordiendo  
Baña siempre con llanto denegrido;  
Por la vista infernal siempre vertiendo  
De Aleto brava el fuego recocido,  
Con que escurece al cielo, y al sol puro  
Hace que huya del lugar oscuro.

Róele las entrañas asquerosas  
Un carniceiro bñtre vengativo,  
Como al que en las cavernas temerosas  
Otro le desentraña por altivo;  
Cébanse en ellas dipsas ponzoñosas  
Y basiliscos de mirar noivo;  
Aspidas, hidras, sapos y culebras  
Hacen en el cadáver hondas quiebras.

Esta, saliendo de la hedionda casa  
Que ha mas de cinco mil años que habita,  
Los campos seca por adonde pasa,  
Las yerbas y los árboles marchita,  
La ciudad quema, el edificio abrasa,  
Provoca al hurto y a la guerra incita,  
Inflaciona los aires, mar y tierra,  
Entierra al vivo, al muerto desenterra.

Esta monstruosa fiera descarnada  
Con falso pecho y virginal trasunto,  
Entre las pomas de oro enmascarada  
Mató de un golpe a todo el mundo junto;  
Esta con pura sangre inmaculada  
Baño la abuela del primer difunto,  
Haciéndola salir a infames coces  
Para que pida su venganza a voces.

Esta cruel, que al inocente hermano  
Que soñó humilde las gavillas rubias  
Pudo vender al mercader gitano,  
Haciendo de Jacob los ojos lluvias;  
Esta, que al suegro del pastor humano,  
Que al gigante dejó las luces turbias,  
Carcomió el corazón oyendo solo  
Las alabanzas del pastor Apolo;

Esta, que al que vendió por la comida  
El mayorazgo y primogenitura,  
Hizo buscar para perder su vida  
Al que Laban desbalijar procura;  
Esta fiera Meguera carcomida,  
Que de Mesopotamia a la hermosura  
Movió contra su hermana legañosa  
En la fecundidad mas que ella hermosa;

Esta, que dentro el cielo fué engendrada,  
Y no pudo sufrirla el mismo cielo,  
Pues cansado de carga tan pesada,  
Deja que caiga al siempre oscuro suelo;  
Esta, del alto Olimpo despenada,  
Vuelto el pecho furioso Mongibelo,  
Se muerde, se consume, se deshace,  
Vive muriendo, y al morir renace.

Esta huésped vil de infames pechos,  
A quien ofende el bien y el mal alegría,  
Que se ha subido a los dorados techos,  
Donde derrama su ponzoña negra;  
Esta, carbon los corazones hechos,  
Los hace arder mas que los suyos flegra,  
De cuyas llamas y funesto lloro  
La virtud saca mas hermoso el oro.

Esta, que siembra su mortal veneno  
Entre la tela rica y vil picote,  
Esta, que con el bien y gusto ajeno  
Da a su podrido corazón garrote;  
Esta, que solo lo que tiene bueno  
Es de si misma ser pena y azote,  
Esta, que como el sol lo oscuro aclara,  
Y escurece cualquiera cosa clara.

Este monstruo, que envidia el mundo nombra,  
Envidiosa de todo y no envidiada,  
Que al cielo ofende y a la tierra asombra,  
Mordiéndolo el cetro real y tosca azada;  
Esta, para dejar la horrible alhombra  
De la cueva infernal donde está echada,  
Se mueve, y mueve los hediondos trapos,  
Adonde cria viboras y sapos.

Alzó la estrecha y arrugada frente,  
Dando lugar a los hundidos ojos,  
Y un báculo tomó que estaba enfrente  
De punzantes espinas y de arbojos;  
Deja su choza y parte diligente  
A verter por Betlen arroyos rojos  
De la sangre inocente que desea  
Para afeitar su catadura fea.

Cruge furiosa los dañados dientes,  
Vomita rabia y vil ponzoña exhala;  
Lo que miran sus ojos pestilentes  
Escurece, marchita, quema y tala;  
Los caballos del sol resplandecientes,  
De temor de mirar cosa tan mala,  
Se arrojaron al mar, y van huyendo  
De la vista cruel del monstruo horrendo.

Secó las yerbas, marchitó las flores,  
Tembló la tierra, escurecióse el cielo,  
Haciendo a sus hermosos resplandores  
De nubes densas un oscuro velo;  
Las aves que cantaban sus amores  
Hicieron pausa en su agradable vuelo,  
Inflacionadas de la vil presencia  
Que esparce por los aires pestilencia.

Entra en Jerusalem pálida y mustia,  
Y pesante del bien que en ella mira,  
Se araña el rostro, el alma se le angustia,  
Vertiendo por los ojos rabia y ira;  
La ciudad cubre de dolor y angustia,  
Y por su boca negras flechas tira  
De hediondo azufre y quemado fuego,  
Con que quita a las cosas el sosiego.

Está el tirano rey en la real cama  
Sobre la blanda pluma recostado,  
Entre ricas cortinas que recama  
El oro sobre telas de brocado;  
Siente en el corazón la lenta llama  
Del nuevo Rey que le dejó turbado;  
Siente la burla de los tres que huyeron  
Sin darle cuenta del que niño vieron.

Llegó la envidia, y de sus tristes hebras  
Un manojo arrancó, y emponzonada  
Al pecho le arrojó vivas culebras,  
Cebadas en su sangre requemada;  
En él hicieron ponzoñosas quiebras  
Para roerle el alma atribulada;  
Espació podre entre las telas de oro,  
Sembro dolor, veneno, rabia y lloro.

Púsole entre las sábanas de holanda  
El baculo cruel de espinas duras,  
Y encima de la colcha rica y blanda  
De venenosos monstruos mil figuras;  
El corazón cruel buscando anda  
Para sembrar en él sus amarguras,  
Las médulas le abrasa, roe el pecho;  
Las furias del infierno trujo al lecho.

Y como á trasformarse en él aspira,  
Abrazase con él, coge su aliento,  
Y infunde en él el vil que ella respira,  
Su ponzoña, su podre y su tormento;  
Bebe el dormido rey veneno y ira,  
Que de sus venas seca el alimento,  
Pudre los huesos, las entrañas quema,  
Y ya entre sueños con furor blasfema.

Y sin hablar palabra triste parte  
Al lugar fiero de la oscura cueva,  
Dejando de sus males tanta parte  
Cuanta consigo miserable lleva;  
El corazón se le divide y parte  
Al rey cruel con la polilla nueva;  
En la cama no cabe ni en el mundo,  
Envidioso, soberbio y iracundo.

Envidia al labrador la reja corva,  
La pobre mesa y el gaban grosero;  
Envidia al Rey nacido, que le estorba  
La gloria de su reino lisonjero;  
Teme que el nuevo Rey le trague y sorba  
Como a pequeño arroyo el mar severo;  
Teme perder el cetro y la real silla,  
La corona que asombra y maravilla.

Es la cama de campo en que se halla  
Campo lleno de espinas y de abrojos,  
Cama de campo y campo de batalla,  
Donde se la están dando sus enojos;  
Las cortinas, que sirven de muralla,  
Imagina prision de sus despojos,  
Las almohadas argollas de sus penas,  
Las sábanas los grillos y cadenas.

Da voces como loco, gime y llora,  
El corazón comido de gusanos,  
Haciéndole la envidia que en él mora  
Secar y empodrecer los huesos caños;  
La espada teme del que Oriente adora,  
Cordel, puñal, veneno, fuego y manos,  
Al vulgo, al mas privado, al mas amigo;  
Que un tirano es de todos enemigo.

Teme beber en la dorada copa,  
Desconfiando del que le hace salva,  
Teme al privado que le da la ropa;  
Que va á acostarse cuando sale el alba;  
Teme del pueblo la confusa tropa;  
A todos los condena, á nadie salva,  
Que come y ve colgada de un cabello  
La espada que amenaza al triste cuello.

Hállase combatido y acosado  
Pasado el pecho de la infame envidia,  
Que de un cabello solo está colgado,  
Con quien para salir el alma lidia;  
El nuevo Rey le tiene emponzonado;  
La burla de los magos le fastidia;  
Muera el nacido Rey, loco pregoná,  
Tiña y bane su sangre su corona.

Apenas concibió el dañado intento  
El cruel Heródes, cuando alegre baja  
Del estrellado soberano asiento  
Un jóven, que al sol mismo hace ventaja;  
A la luz celestial del firmamento  
La de su rostro con razón ultraja;  
A Nazaret llegó, donde dormía  
José, su Esposa y el que á los dos cria.

Halló á Josef en una humilde cama,  
En que el trabajo da al descanso tierno,  
En otra vió que alegre luz derrama,  
Abrazado á su madre el Niño eterno;  
Gózase en ver del gran Jessé la rama  
Con el fruto del Padre sempiterno;  
Adora al Niño y á la Virgen madre,  
Y dice al que Dios hombre llama padre:

«Josef, levanta, el dulce sueño deja;  
Coge el Niño divino y madre amada,  
A Egipto con los dos luego te aleja  
Hasta que vuelva á darte otra embajada;  
Porque el tirano Heródes se aparea,  
En fuego de la envidia el alma helada,  
Para perder al Niño soberano.  
A Dios, Josef, sacude el sueño en vano.»

Cual suele marinero que en la nave  
Va durmiendo contento y descontentado,  
Y en la mitad del sueño mas suave  
Que le regala el cuerpo fatigado  
Le suele despertar la furia grave  
Del mar soberbio que halla alborotado,  
Que temeroso y triste se levanta  
No rendido á la furia que le espanta:

Así el justo Josef desfavorido  
Sacude el sueño temeroso y triste;  
Y el corazón del nuevo golpe herido,  
Turbada el alma aprieta el cuerpo viste;  
Va á despertar al niño Dios dormido,  
Y viéndole, el dolor menos resiste;  
A su madre despierta, que afligida  
Oye que quieren dar muerte á su vida.

Apenas los zafiros de sus ojos  
Dieron luz á Josef, cuando por ellos  
Mira salir estrellas á manojos  
Sobre las rosas y jazmines bellos;  
Mira del alma triste los despojos,  
Y afligese la suya solo en vellos;  
Llora la madre y vistese turbada  
De dolor y de lágrimas bañada.

Llega al dormido hermoso enamorado,  
Que aunque dormido su corazón vela;  
Mira que duerme Adán, de cuyo lado  
Saldrá la esposa por quien se desvela;  
Mira á Sansón dormido y sosegado  
Sin temer de su esposa la cautela;  
Dormido ve á Jacob, á su regalo,  
Y ve la escala por quien suba al palo.

Llega á quitarle el regalado sueño,  
Despierta sin sazón el Niño hermoso,  
Mostrando en su hermosura un dulce ceño  
De ver que le han quitado su reposo;  
Luego mas amoroso y mas risueño,  
Viendo á su madre hermosa y casto esposo,  
Se regocija con los dos que ama,  
Haciendo de su bella madre cama.

Cuidadoso Josef y diligente  
Previene lo que importa á su camino  
Para mostrarse humilde y obediente  
Al bello nuncio que del cielo vino;  
El peligro del Niño ve presente,  
Ve que del rey humano huye el divino,  
Previene el jumentillo, donde vaya  
La que hizo á la belleza y gracia raya.

Recoge la herramienta y la compone,  
De su pobre hacenduela haciendo un fardo,  
Adonde su pobreza rica pone,  
La blanca ropa y su vestido pardo;  
A la jornada larga se dispone,  
Que ya se juzga perezoso y tardo  
Para esconder el soberano Infante  
De la envidia de Heródes arrogante.

Llama luego á su esposa regalada,  
Que le estaba esperando prevenida,  
La cual al niño Dios sale abrazada  
Partida el alma en la mortal partida;  
Al corazón quisiera abrir entrada  
Para esconder el alma de su vida,  
Pues fuera el corazón hermoso y puro  
Sagrado donde Dios fuera seguro.

Toma el Niño Josef de entre los lazos  
De la divina aurora que le cria,  
Y hecho el ilustre corazón pedazos,  
Puso en el suelo al que es autor del día;  
Y cogiendo á su amada entre los brazos,  
La pone encima de la bestia fria  
Que ha de llevar la carga venturosa,  
Para los mismos ángeles honrosa.

Pide la Madre á su querido bello,  
Va su Josef por él, y el Niño amado  
Se enlaza como vid al grave cuello;  
Josef vuelve á su Esposa su adorado;  
Ella abraza á su Dios con el cabello,  
Que fué como vestirle de brocado;  
Busca el Niño su pecho, ella su boca,  
Josef á pena y gloria se provoca.

Abre el justo varón la humilde puerta,  
Haciendo mudos los parleros quicios;  
El cielo de cristal la suya abierta,  
Mira el bien que va á honrar á los egipcios;  
Josef, de estrellas candidas cubierta,  
Mira la encubridora de los vicios,  
Y entre el mudo silencio que derrama  
Es norte de los dos que adora y ama.

Callando van por ser menos sentidos,  
Porque es grande de cuerpo el miedo helado  
Que los cerca cobardes y encogidos,  
Guardando á su querido regalado;  
El Niño llora, temen sus queridos  
No se descubra y pierda su cuidado;  
Acállale la madre, el Niño llora,  
Teme Josef la vida del que adora.

«Ay hijo de mi alma! Ay gloria mía!  
Dice la madre Virgen: ¿que habeis hecho  
Que así os destierra el Padre que os envia,  
Haciéndoos sin sazón dejar el lecho?  
Que á Adán destierre por su alevosía,  
Entrándole la fruta en mal provecho,  
No es mucho, que fué grande su malicia,  
Y es mucho en vos sin culpa tal justicia.»

«No es mucho peregrino y desterrado  
Vaya el que fué tentado en la obediencia,  
Que al hijo hermoso pudo ver vendado  
Sin que faltase fe en su descendencia;  
Pues si á Egipto llegó con su ganado,  
Fué huyendo de la hambre la violencia;  
Mas es mucho que vaya peregrino  
El hartura de Dios, el pan divino.»

«Que el idólatra, hijo de la esclava,  
Con su madre saliese desterrado,  
No es mucho, pues se ve que idolatrahá  
Induciendo al Isaac bello y amado;  
Pero que el nuevo Isaac, que el cielo alaba,  
Del Padre eterno sustancial traslado,  
El que viene á quitar á Adán el yerro,  
¿Ese salga á la pena y al destierro?»

«¿De quién huyendo vais, divino Elias?  
Es de la injusta Jezabel, que intenta  
Dar fin amargo á vuestros tiernos días,  
Buscando vuestra muerte y vuestra afrenta?  
¿Huis, siendo la muerte de Goltas  
De Saul ingrato la impiedad sangrienta?  
¿Por quien andais á sombra de tejados,  
Huyendo de la envidia los soldados?»

Dijo, y temiendo los nocturnas guardas,  
Salen de la ciudad al tiempo cuando  
Las listas de oro entre las nuhes pardas  
Dicen que deja el alba el lecho blando;  
Alentando Josef las fuerzas tardas  
Del animal que humilde va guiando,  
Su temor convertido en alegría,  
Responde á su hermosísima María:

«Bien pudiera enviar, amada hermosa,  
Quien envió en defensa de Eliseo  
De sus escuadras cantidad copiosa  
Para defensa del que por Dios creo;  
Bien pudiera su mano poderosa  
Cegar á Heródes como al pueblo feo  
Que se atrevió en Sodoma á la hermosura  
Que el temeroso Lot guardar procura.»

«Pudiera hacer que el mar se le bebiera  
Cual hizo al Rey rebelde y obstinado,  
Y que como á Datan se le sorbiera  
La tierra y vivo fuera sepultado;  
Pudiera hacer que fuego descendiera  
Como en Sodoma sobre el Rey malvado,  
Y pudiera con ranas y mosquitos  
Sacarle el alma entre rabiosos gritos.»

«Bien lo pudiera Dios, dulce María;  
Mas ¿cómo la corona se labrara  
De vuestra gracia y la obediencia mia  
Si con trabajos no nos regalara?  
Y también el que á Egipto nos envia  
Quiere que el niño Dios dé muestra clara  
De que es hombre mortal, pues huye y teme  
Porque el hereje infame no blasfeme.»

«¿Podía faltarle á Dios una cestilla  
Que del nuevo Moisés fuera navio,  
En que, en llegando á la apacible orilla,  
Moviera de la Infanta el pecho frio?  
¿Faltarle una pobre mujercilla  
Que descolgara con varonil brío  
Por la ventana al explorador nuevo,  
Que por orden de Dios á Egipto llevo?»

«Faltara una Michol, que de piadosa  
Diera la vida al tierno Esposo amado,  
Componiendo una estatua artificiosa  
En lugar de David que había librado?  
Faltara á Dios la Josabeth hermosa,  
Que al Príncipe escondiera regalado,  
Hurtándole á la furia de Atalia,  
Que la regia prosapia destruía?»

«No le faltara de Jael la mano,  
La espada de Judith, ni el carro ardiente  
En que Elias, rompiendo el aire vano,  
Voló por ese globo trasparente;  
No la vara dichosa que el Gitano  
Mira culebra y azotado siente,  
No el puñal de Moisés, ni la honda brava  
Del que á Isai el ganado le guardaba.»

«Así que, Esposa amada y reina mia,  
Como mejor sabeis, el cielo ordena  
Que padezcamos entre angustia fria  
Del Niño desterrado el ansia y pena;  
Que el Padre eterno á su querido envia  
A Egipto, de tinieblas tristes llena,  
Para ahuyentarlas con su lumbre pura,  
Volviendo luz su densidad oscura.»

«Es Dios tan manso y misericordioso,  
Que quiere reducir á su enemigo,  
Y envia á tratar de paz al Niño hermoso,  
Que desde el cielo la bajo consigo;  
La paz pretende blando y amoroso,  
Satisfaciendo á Egipto del castigo  
De las diez plagas, con la medicina  
Que para su salud allá camina.»

«Esta suerte Josef va entreteniendo  
La pena grave de su prenda hermosa;  
Ella el consuelo al Santo agradeciendo,  
Contempla su virtud maravillosa;  
Mira que va cargado á pie y huyendo,  
Martirizada el alma cuidadosa  
De pena, de dolor, miedo y enjaido,  
Y va mostrando un celestial agrado.»

Mira que es de los dos guarda y consuelo,  
Compañero, defensa, padre, amparo,  
Que en humildad profunda y santo celo  
Descubre la virtud del valor raro;  
Ve que á las penas que les llueve el cielo  
Hace con su prudencia fiel reparo,  
Mostrando igual constancia el varón justo  
Al gozo y al pesar, al mal y al gusto.

«Deste modo los dos castos amantes  
Peregrinando van noches y días,  
Sufriendo los rigores penetrantes  
De los aires helados y aguas frías;  
Si acaso ven algunos caminantes,  
Se turban sus dichosas alegrías,  
Temiendo de que buscan su querido  
En rosas y jazmines escondido.»

Altéralos el árbol que se mueve  
Sacudido del aire que se enoja;  
La sombra que hace entre la blanca nieve  
Gente del fiero Rey se les antoja;  
Temen la foragida gente alevé,  
Que al caminante con rigor despoja:  
Todo lo teme el uno y otro amante,  
Que el miedo tiene cuerpo de gigante.

Temer Josef, si Heródes los hallara,  
Que maniatados á los dos volviera  
Y de los blancos pechos arrancara  
Al que el del Padre airado hará de cera;  
Que presos á la cárcel los llevara,  
Y ante sus ojos muerte al Niño diera,  
No pudiendo guardar su amada vida  
De la furia del bárbaro homicida.

Imagina á su Esposa maniatada,  
Que la condena el Rey por malhechora,  
Y su justa inocencia condenada  
A abrir su pecho mano vengadora;  
Imagina su sangre derramada,  
Y el la del corazón derrama y llora,  
Disimulando el grave sentimiento  
Por su Esposa que lleva igual tormento.

Imaginase preso y aherrójado  
En el horrendo calabozo oscuro,  
Por infames verdugos azotado,  
Rasgado el pecho con el garfio duro;  
Imaginase á muerte condenado  
Y que le arrastra el escuadrón perjuro  
Hasta el lugar donde el desnudo brazo  
Al alma libra del estrecho lazo.

Y dice: «Ay Dios, si tan dichoso fuera  
Que libre mi adorado y mi querida,  
La sangre de mi pecho alegre diera  
Por guardar de los dos la amada vida!  
¿Quién por el Niño padecer se viera  
Hasta que el alma, la prisión rompida,  
Fuera á esperar la redención copiosa  
A la cárcel de gente venturosa!»

Así contempla el mártir de deseo,  
Mártir de amor, que del amor herido,  
Del martirio gozó lauro y trofeo,  
Padeciendo en el alma y el sentido;  
Mártir, que de su vida haciendo empleo,  
La ofreció por guardar á su querido;  
Mártir de amor, que con gloriosa palma  
Como su Esposa padeció en el alma.

Caminan los desiertos arenales,  
Temiendo tigres, onzas y dragones,  
Ferozes y crueles animales,  
Y mas que estos escuadras de ladrones;  
Temen los enemigos capitales  
Del pueblo de Israel y sus blasones;  
Pisan la margen al regador Nilo,  
Temiendo al engañoso cocodrilo.

Pasan las noches con temor y susto  
Entre desiertas ásperas montañas,  
Tal vez abriendo el alcornoque adusto  
Para hospedar al Niño en las entrañas;  
Tal vez le ofrece con natural gusto  
La encina miel, azúcares las cañas;  
Tal vez las palmas bajan sus cabezas  
Poniendo entre sus manos sus riquezas.

Tal vez el ganadero que los topa  
Les ofrece la leche, el pan y el queso,  
Cuál del corcho les da la leve copa,  
En que hace ondas el cristal travieso;  
Cuál con la blanca piel al Niño arropa,  
De la hermosura de su rostro preso;  
Cuál á Josef le da el corvo cayado,  
Que, aunque alegre le ve, le ve cansado.

Tal vez Josef á su querida pide  
Le dé el Niño Jesús, que ver desea,  
Y el Niño con sus brazos se comide,  
Premiando el gusto con que en él se emplea,  
El Niño hermoso el cuello grave mide  
Del dichoso que alegre le gorgéa;  
Besa el Niño á Josef, Josef suspenso  
Bebe el néctar de gusto y gozo inmenso.

Lleva unida á su pecho la hermosura,  
En el pecho de Dios siempre engendradora,  
Que llenándole el alma de dulzura,  
La deja de su amor mas abrasada;  
Gozando va la sin igual ventura,  
Sola para su Esposa y el guardada,  
Pues solos le llevaron en sus brazos,  
Gozando del favor de sus abrazos.

Va el Niño entre los brazos del que ama,  
Y como es ya de un año y sed padece,  
Agua pide á Josef, que padre llama,  
Y él por los ojos la del alma ofrece;  
Agua le pide el que de amor le inflama,  
Y al paso de su sed la pena crece  
Del Santo que le lleva, porque ignora  
Dónde halle el agua para el Dios que adora.

«¿Cuántas veces faltó entre piedras frías  
La comida á la Esposa y Niño bello!  
Y cuántas el que el pan ofreció á Elias,  
Deseó bajar y al gran Josef traerlo!  
Cuántas aquel, que en los pasados dias  
Cogió el pastor del rústico cabello,  
Deseó que el Padre eterno le mandara  
Que comida del cielo les bajara!»

La Virgen disimula la sed grave  
Por no afigir al caminante santo,  
De cuyo amor con certidumbre sabe  
Que hiciera fuentes de copioso llanto;  
Josef come del pan dulce y suave,  
Que es sustento del Padre sacrosanto;  
Bebe del agua de la fuente viva,  
Cuya inmortal dulzura es excesiva.

Vuelve y dice á su amada el noble Esposo  
Del tiempo que otra vez la gente hebrea  
Pisó el desierto estéril y arenoso,  
Que agora el Niño ilustra y hermosea;  
Y cuánto el cielo fué con él piadoso,  
Que en cuarenta años que por él pasea,  
Dios le favoreció con mano larga,  
Haciendo dulce la jornada amarga.

«Como la nube opaca al sol se opuso,  
Hecha escudo al ardor que despedía,  
Como de noche la columna puso  
Su escuridad volviendo claro día;  
Y cuán contrario agora lo dispuso,  
Pues la nube derrama lluvia fría,  
Escureciendo la menguante luna,  
Que pudiera en la noche ser columna.»

«Las piedras no gastaban su calzado,  
Conservándose sanos sus vestidos,  
Y agora miro en Dios maravillado,  
La ropa rota y estos pies heridos;  
Entonces daba el agua un canto helado,  
Con que Dios regalaba á sus queridos,  
Agora el agua huye y su ser trueca,  
Dejando su corriente mustia y seca.»

«Entonces daba el cielo la comida,  
A cada cual á gusto del deseo,  
Agora la hambre vil descolorida  
Nos amenaza con su rostro feo;  
Entonces su rigor quitó la vida  
Del reino egipcio á su mayor trofeo,  
Con sus hijos mostrando el brazo fuerte,  
Y agora el suyo huye de la muerte.»

«Entonces el caballo y caballero,  
Que al escogido pueblo perseguía,  
Al mar, por donde abrió llano sendero,  
Dejó caer sobre su valentía;  
Agora, huyendo de un tirano fiero,  
Le deja en su soberbia monarquía,  
Enviando al Hijo de su pecho amado  
Por montes y desiertos desterrado.»

«En aquel bien pasado y mal presente  
El afligido corazón repara,  
Mas bien sabe este Niño omnipotente  
Que por ninguno aquesé bien trocará;  
«¿Qué nube blanca, que columna ardiente,  
¿Qué maná dulce y portentosa vara,  
¿Qué mar abierto, que abundante piedra,  
Llega al bien que á mi cuello se hace yedra?»

El Niño hermoso alegre á Josef besa,  
El gusto en su trabajo agradeciendo;  
El nuevo Atlante absorto se embelesa,  
El aliento del Niño Dios cogiendo;  
Pídele la hermosísima princesa,  
El pecho de jazmines previniendo,  
Donde rechina á Dios y adonde él bebe  
Néctar que mana entre la grana y nieve.

Entra en Egipto el Tolopoderoso  
Sobre la nube que nos llovió al justo,  
Y ante la bella luz del rostro hermoso  
Los idolos cayeron que hizo el gusto;  
Huyendo van al reino temeroso,  
Aullidos dando entre temor y susto,  
Como lo dijo aquel profeta sabio,  
Que limpió el fuego el uno y otro labio.

Bajó la china de la Indiana China,  
Que del monte sin manos fué cortada,  
Cuya potencia y santidad divina  
La estatua derribó del Rey soñada;  
Pues siendo de oro rico y plata fina,  
De cobre, hierro y barro fabricada,  
Hiriéndola en los pies la hizo pavesa,  
Quedando convertida en niebla espesa.

También el venerable Jeremías,  
Que cautivo en Egipto lo predijo,  
Al triste son de las cadenas frías,  
Que por Dios le causaron regocijo,  
Que vería Egipto en los futuros dias  
Que una Virgen hermosa tendría un hijo,  
A cuyos bellos ojos soberanos  
Caerian las aras de sus dioses vanos.

Desde entonces un ara levantaron,  
Y al Niño y á la Madre la ofrecieron;  
A la Madre por Virgen adoraron,  
Y deidad en el Niño conocieron;  
Solas estas imágenes quedaron,  
Y todas las demás al suelo fueron,  
Cuando entró por Egipto el arca viva  
Que las estatuas de Dagon derriba.

Llegan á la Tebaida venturosa,  
Y della á una ciudad pobre y pequeña,  
Heliópolis llamada, mas gloriosa  
Que la que sus pirámides enseña;  
Píde Josef á su consorte hermosa  
Al Niño Dios, que con su faz risueña  
Infunde en él un resplandor divino,  
Con que olvida el trabajo del camino.

Llega á un meson, pregunta si hay posada,  
Sale el huésped, gitano mas piadoso,  
Que los ingratos que la noche helada  
Le fueron mas que el tiempo riguroso;  
Sale el huésped, y el alma enamorada  
Del rostro bello del infante hermoso,  
Que si responde, y cuando no la hubiera,  
Que dentro el alma humilde se la hubiera.

Entra y descansa la divina Aurora  
De dos meses de susto y de cuidado,  
Y ofrece el pecho al que por ellos llora,  
Que llega del camino trabajado;  
Josef, que el gusto de los dos adora,  
Le solicita con afable agrado;  
Yo, que á Betlen he de volverme luego,  
Doy fin al canto, que cansado llevo.

## CANTO XIX.

De la muerte de los Inocentes, y puericia de Cristo  
nuestro Redentor.

«¿Qué lamentables voces, qué gemidos  
Adelgazando el aire le corrompen?  
¿Qué gritos tristes, qué roncós aullidos  
El vuelo de las aves interrumpen?  
¿Qué llantos miserables, qué alaridos  
Al cielo llegan y sus puertas rompen?  
¿Qué fines tristes, qué no vistos males  
Prohostican los llantos desiguales?»

«¿Qué ricas hebras de oro veo arrancadas,  
Que esparcidas al aire le enriquecen?  
¿Qué mejillas de rosa veo arañadas?  
¿Qué soles, que eclipsados amanecen?  
¿Qué perlas de las almas destiladas?  
¿Qué cuerdas, que furiosas se enloquecen?  
¿Qué matronas sin seso descompuestas?  
¿Qué gritos tristes, qué voces funestas?»

«¿Qué mar de sangre la ciudad inunda  
Del rey tirano, en que nació el Eterno?  
¿Qué crueldad fiera de Atalia iracunda  
Hace de bronce duro el pecho tierno?  
¿Qué Aletó, que Meguera furibunda  
Se ha desatado del horrible infierno?  
¿Qué Abarimo cruel, qué helado scita  
El llanto miserable solicita?»

«¿Qué cuadrilla de lobos carnívoros,  
Contra unos corderillos desarmados,  
Muestra las garras y los dientes fieros  
En la sangre purísima manchados?  
¿Qué soldados afilan los aceros  
En rosas y claveles encarnados?  
¿Qué rústica segur las flores siega  
Y el campo estéril con sus hojas riega?»

«¿Qué mano tosca de villano astuto  
Al árbol llega lleno de hermosura,  
Y sin sazón arranca el tierno fruto,  
Marchitando del árbol la frescura?  
¿Qué animal fiero, qué inhumano bruto  
Al nido sube, donde mal segura  
El avecilla guarda sus hijuelos,  
Que ayuda pide á los piadosos cielos?»

«¿Qué cierzo requemado al hielo incita  
Contra las flores que el almendro ofrece,  
Que las vistosas hojas le marchita  
Y las tempranas flores desvanece?  
¿Qué mano sin piedad furiosa quita  
A la temprana viña que florece  
Los racimos en cierne que, colgando,  
La enamorada vid está abrazando?»

«¿Qué tristes y sangrientos arreboles  
Se muestran al salir de la mañana?  
Y qué recién nacidos bellos soles  
Eclipsados derraman sangre humana?  
¿Qué jazmines, qué rubios tornasoles  
Están vestidos de sangrienta grana?  
¿Qué estolas mas que nieve veo tenidas  
De la sangre que brotan las heridas?»

«¿Qué gigantes armados triste veo  
Desnudar el acero reluciente,  
Amenazando al escuadrón pigmeo,  
Mas que el de los corderos inocente?  
¿Qué lauro victorioso, qué trofeo  
Espera el escuadrón fiero inclemente,  
Mostrándonos cruel y embravecido  
Cuánto corta la espada en un rendido?»

«¿Qué ovejas miro andar descarriadas  
Dando balidos por sus recuetales?  
¿Qué gallinas defienden erizadas  
Los polluelos con golpes desiguales?  
¿Qué abejas de aguijón y enojo armadas  
Defienden la labor de sus panales?  
¿Qué mujeres, mudadas en leonas,  
Muestran los corazones de amazonas?»

«Cuál, con mano tan fiera como blanca,  
Del oro, de quien hurta al sol los rayos,  
Las hebras rubias sin piedad arranca,  
Volviendo enero sus floridos mayos;  
Cuál de su sangre liberal y franca  
Padece de la muerte los desmayos  
Por defender del bárbaro homicida  
La vida del que há un mes que tiene vida.»

«Cuál al que adora da el último abrazo;  
Llega el verdugo del airado Marte,  
Y asiendo de jazmin el tierno brazo,  
Furiosamente por mitad le parte;  
Cuál de la mano fiera haciendo lazo,  
El cuello tuerce por do el alma parte;  
Cuál coge al inocente, y encendido  
Le arroja en varias partes dividido.»